

Hermann
Hesse

Bajo las ruedas



Publicada en 1905, *Bajo las ruedas*, primera novela de Hermann Hesse (1887-1962), es una prodigiosa recreación del mundo de la adolescencia, pero también una severa acusación contra los sistemas educativos que se imponen a costa de la imaginación y del cultivo armónico de las facultades espirituales, emocionales y físicas. Separado del medio de su infancia y obligado por padres y profesores a una agotadora preparación para el ingreso en un seminario, Hans Giebenrath logra finalmente su objetivo, pero al elevado precio de perder primero su sensibilidad y, más tarde, su equilibrio emocional.

CAPÍTULO I

JOSEPH GIEBENRATH, agente y comisionista, no se diferenciaba en particular del resto de sus conciudadanos. Al igual que ellos, poseía una naturaleza corpulenta y sana, un regular talento comercial unido a una adoración ingenua y cariñosa al dinero, una casa con un minúsculo jardincillo, una tumba familiar en el cementerio, una afición por la iglesia algo clarificada por sus aficiones materiales, un comedido respeto de Dios y de la Justicia y una férrea sumisión a los mandamientos del decoro y la decencia ciudadana. Acostumbraba beber algunas veces, pero jamás se emborrachaba, y aunque emprendía, de pasada, algunos negocios no libres de reproche, nunca los llevaba más allá de lo permitido formalmente. Maldecía por igual a los míseros que mendigaban una limosna y de los potentados que hacían ostentación de su riqueza. Era miembro de una sociedad burguesa y ciudadana y tomaba parte cada viernes en los juegos de bolos, cuidando de elegir con cautela el momento propicio para cada jugada.

Su vida interior se diferenciaba en nada a la de un patán. Las cualidades de su alma estaban poco menos que embotadas y constituían muy poco más que un buen sentido familiar, un desconmensurado orgullo de su propio hijo y una oportuna e intermitente dadivosidad para con los pobres. Sus aptitudes y capacidades espirituales no sobrepasaban las de una astucia y un cálculo nativos y limitados. Sus lecturas se circunscribían a los periódicos, y para ocultar su falta de goces artísticos bastaba la representación

anual que la sociedad dedicaba a sus protectores y la visita a un círculo en cualquiera de los días del año.

Con cualquier vecino hubiera podido cambiar vivienda y nombre, sin que sus costumbres y su existencia entera sufrieran la menor variación. En lo más hondo de su alma, compartía con las restantes familias de la ciudad la desconfianza en toda fuerza superior y toda personalidad descollante y la hostilidad implacable e instintiva contra todo lo extraordinario, lo libre, lo selecto y lo espiritual.

Pero basta ya con él. Sólo un profundo humorista podría seguir la descripción de su vida trivial y su desconocida tragedia. Nuestro hombre tenía un hijo único y de él queremos hablar.

Sin duda alguna Hans Giebenrath era un niño talentoso. Para darse cuenta de ello, bastaba contemplar el retraimiento y la abstracción casi constante que le diferenciaba de los demás. La pequeña villa de la Selva Negra no era pródiga en tales figuras y jamás se había dado ninguna que sobrepasara en algo el nivel de sus habituales ciudadanos. Sólo Dios sabía de donde había sacado aquel muchacho los ojos graves y la frente ancha. ¿Acaso de su madre? Esta había muerto hacía bastantes años, y en todo el tiempo que duró su vida no se advirtió en ella nada extraordinario, aparte de la frágil naturaleza que la hacía estar siempre enfermiza. A su padre no había que tenerlo siquiera en cuenta, de modo que la misteriosa inteligencia del muchacho parecía haber caído súbitamente en la villa, que en ocho o nueve siglos de existencia había dado siempre ciudadanos honrados a carta cabal, pero nunca un talento o un genio descollante.

Acaso un observador imbuido de las modernas tendencias y teniendo en cuenta la débil naturaleza de la madre y la vetustez de la estirpe, hubiera podido señalar un síntoma clarísimo de degeneración en aquella hipertrofia de la inteligencia. Pero la villa tenía la dicha de no contar con tales observadores, y sólo los más jóvenes entre los funcionarios

y los maestros de escuela poseían una indecisa noción del «hombre moderno» a través de los artículos periodísticos. Allí se podía subsistir y seguir siendo culto y civilizado sin conocer siquiera los diálogos de Zaratustra. La vida era reposada, los matrimonios sólidos y algunas veces felices, y toda la existencia estaba impregnada de ese irremediable hálito de cosa vieja que exhalan nuestras villas cerradas. Los ciudadanos del pequeño municipio eran muy dichosos, y algunos habían logrado incluso transformarse durante los últimos veinte años de artesanos en fabricantes. Seguían quitándose el sombrero delante de los funcionarios, seguían ofreciéndoles todos sus respetos, aunque luego, a sus espaldas, les llamaran mendigos y covachuelistas y, paradójicamente, no tuvieran otra ambición ni otra meta que la de dar a sus hijos los estudios necesarios para llegar a alcanzar la anhelada prebenda.

Desgraciadamente la idea no pasaba de ser un bello sueño irrealizable para los más, ya que sólo a costa de grandes esfuerzos y repetidos sacrificios lograba atravesar el retoño los estudios primarios.

Pero desde el primer momento no cupo ninguna duda sobre el talento de Hans Giebenrath. Los profesores, el rector, los vecinos, el párroco y los condiscípulos, todos los que tuvieron ocasión de tratarle, coincidieron en afirmar que el muchacho era una mente privilegiada. Y con ello quedó decidido su destino, pues en las tierras suabas sólo existe un estrecho camino a seguir para los muchachos inteligentes y de padres ambiciosos: el ingreso en el Seminario, después de sufrir el examen necesario para ser admitido, de allí al Seminario Superior Evangélico-teológico de Tubinga, para salir luego destinado al pulpito o la cátedra. Año tras año recorren tres o cuatro docenas de hijos del país ese camino silencioso y seguro. Pálidos y delgados, como corresponde a los que acaban de recibir la confirmación, exploran por cuenta del Estado los diferentes campos de la ciencia humanística y emprenden, ocho o nueve años

más tarde, el segundo y la mayoría de las veces más largo, trecho de su camino, en el transcurso del cual tienen que devolver al Estado los beneficios anteriormente recibidos.

Faltaban pocas semanas para que tuviera lugar un nuevo examen. Así se llama la hecatombe anual en la que «el Estado» selecciona la floración espiritual del país, y a lo largo de la cual, desde pueblos y pequeñas ciudades se dirigen los sollozos, las plegarias y los deseos de muchas familias hacia la capital, en cuyo seno tiene lugar la prueba.

Hans Giebenrath era el único candidato seleccionado en la pequeña ciudad. El honor era grande, pero no adquirido sin esfuerzo. Las clases de la escuela, que duraban diariamente hasta las cuatro, tenían su colofón en una lección de gramática griega que el rector le daba de añadidura. El señor párroco era tan amable de añadir, a las seis, unas lecciones de repaso de latín y religión, y dos veces a la semana hallaba aún tiempo el profesor de matemáticas para dar su lección después de la cena. En la clase de griego se le resaltaba el valor de la variedad de partículas enunciadas en el encadenamiento de las frases, en latín se le obligaba a ser claro y lacónico en el estilo y a conocer perfectamente las muchas sutilezas prosódicas, mientras en matemáticas tenía que demostrar su eficiencia a través de complicadas cuentas finales. Como el profesor acentuaba con frecuencia, todas esas cosas no tenían un valor aparente para posteriores estudios o para la vida normal.

Pero eso era sólo en apariencia. En realidad eran más importantes que ciertas otras cosas, pues componían la base de las capacidades lógicas y los fundamentos de toda la ciencia y saber humanos.

Pero a fin de no tener una sobrecarga espiritual y a fin de que la razón y la inteligencia no le hicieran olvidar el alma, tuvo Hans que frecuentar cada mañana, antes de que comenzaran las clases en la escuela, la lección de los catecúmenos, donde el catecismo, los ejercicios memorísticos y las frecuentes preguntas y respuestas henchían con sople

renovador la conciencia religiosa de las almas juveniles. Desgraciadamente, Hans no se preocupaba demasiado de aquellas lecciones, y con ello les arrebatava todo su influjo bienhechor. Colocaba anotaciones griegas y latinas entre las páginas de su catecismo y se pasaba casi toda la hora enfrascado en aquellos conocimientos puramente profanos. Pero a pesar de todo no estaba su conciencia tan embotada que no hallara con ello una permanente y penosa inseguridad y una leve sensación de temor. Cuando el decano se acercaba a él o pronunciaba simplemente su nombre, no podía evitar un estremecimiento temeroso que se transformaba en un sudor frío y un apresurado latir del corazón cuando tenía que dar una respuesta. Pero casualmente éstas eran siempre correctas e intachables, incluso en la pronunciación, a la que tanta importancia daba el decano.

Los temas y lecciones para anotar o aprender de memoria, para repasar o preparar, se amontonaban después de cada clase en la cartera de Hans Giebenrath, aguardando la hora tranquila de la noche para ser solucionadas, estudiadas y anotadas. Esa tarea, circundada por la paz hogareña y alumbraba por la luz de la lámpara, duraba habitualmente hasta las diez, los miércoles y los sábados, los demás días hasta las once, las doce o aún más. Su padre gruñía un poco por el gasto sin tino de petróleo, pero en el fondo se sentía satisfecho de la extraordinaria aplicación de su hijo. En los ratos perdidos y los domingos, que componen la séptima parte de nuestra vida, la lectura de Hans Giebenrath se limitaba a algunos autores no leídos en la escuela y a un constante repaso de la gramática.

—¡Con tino, con tino...! Una o dos veces a la semana hay que abandonar toda tarea y salir a pasear un poco. Es necesario y obra maravillas. Cuando hace buen tiempo se puede, asimismo, llevar un libro. Ya verás lo alegre y fácil que es estudiar al aire libre... ¡Pero sobre todo hay que andar siempre con la cabeza alta!

Hans obedeció en todos los consejos, y desde aquel instante levantó la cabeza, paseó con relativa frecuencia, utilizando los cortos paseos para estudiar, y mostró a todos su rostro muy pálido por el prolongado traspasar y sus ojos tristes, rodeados por unos cercos azulados e impregnados de un hálito de desesperanza.

—¿Qué opina usted de Giebenrath? ¿Cree que triunfará de la prueba? —preguntó un día el profesor de la clase al rector.

—¡Claro! ¡Claro que sí! —exclamó jubiloso el rector— Es uno de los más sensatos. Si lo observa usted bien, se dará cuenta de que está verdaderamente espiritualizado.

En los últimos ocho días la espiritualización se hizo resplandeciente. Los ojos siguieron reflejando su melancolía habitual, pero el atisbo de desesperanza se transformó en un brillo inquieto y casi febril. La frente ancha estaba surcada de minúsculos pliegues y los brazos magros y las manos delgadas colgaban a lo largo del cuerpo con una gracia fatigada que recordaba a Botticelli.

Y llegó la hora señalada. Al día siguiente debía salir temprano hacia Stuttgart, acompañado de su padre, para demostrar ante el tribunal si era acreedor de atravesar las puertas estrechas y conventuales del Seminario. Aquella tarde hizo la visita de despedida al rector.

—Esta noche —dijo el temido dominador con desacomunada ternura— no tienes que trabajar nada. Prométeme que así lo harás. Mañana has de estar completamente despejado. Ve a pasear una hora y luego métete en la cama. La gente joven tiene que tener sus horas de sueño.

Hans sorprendido de aquella ternura que en nada se parecía al aluvión de consejos que aguardaba, salió confuso del edificio escolar. Los grandes tilos de la iglesia resplandecían a los cálidos rayos del sol del mediodía, en la plaza del mercado gorgoteaban y relumbraban ambas fuentes y sobre la línea de tejados sobresalían los montes azulados, destacándose contra el cielo. Para el muchacho

fue como si no hubiera visto todo aquello desde hacia mucho tiempo y súbitamente se presentara ante sus ojos con desacostumbraba seducción y belleza. Sintió dolor de cabeza, pero se alegró de pensar que no tenía que estudiar aquella noche.

Despacio atravesó la plaza, pasó por delante del Ayuntamiento y siguió la calle del mercado hasta llegar al puente viejo. Allí anduvo sin rumbo unos breves instantes y luego terminó con acodarse en el amplio antepecho. Durante semanas y meses enteros había pasado cuatro veces al día por el mismo sitio, sin tener una sola mirada para la gótica capilla del puente, ni para el río, ni para las compuertas, la presa y el molino, ni siquiera para la pradera donde acostumbraba a bañarse la gente o para las orillas boscosas, donde se deslizaba el río verde y manso como un lago y donde los mimbres, puntiagudos y ligeramente curvados, sobresalían del agua.

Su mirada abarcó todo aquello, y a su memoria volvió el recuerdo de los días lejanos. ¿Cuántas veces nadó, remó y pescó en aquel río? ¡Pescar! Casi se había olvidado ya. ¿Pero podía olvidarse una cosa así? Recordó sus protestas del año anterior, cuando le prohibieron la diversión para que dedicara todo su tiempo a las tareas del examen, y no pudo evitar que una sonrisa triste asomara a sus labios. ¡Pescar! ¿No había sido lo más hermoso de sus años escolares? Permanecer largas horas sentado sobre la hierba húmeda, escuchando el continuo rumor de la presa del molino y contemplando las aguas quietas y profundas. Y le pareció volver a ver los juegos de luces que provocaban en el agua un rayo tembloroso de sol, la inclinación de la caña de pescar y el corcho flotando en la corriente. Y sintió de nuevo la excitación y la alegría de la presa, el tirón delator seguido de la satisfacción de tener en las manos el pez plateado y vivo.

Había llegado a pescar algunas carpas; brecas y barbos en abundancia y también comizas delicadas y oscura. Los

recuerdos le obligaron a permanecer largo rato contemplando las aguas del río que se deslizaban debajo del puente. Maquinalmente se llevó la mano al bolsillo, sacó un pedazo de pan y lo amasó con los dedos formando pequeña bolas.

Luego las tiró al agua, observando atentamente cómo se hundían y cómo los peces las pillaban entre dos aguas. Primeramente se acercaban los diminutos dorados y los barbos medianos, que arrancaban pequeños trocitos y se los comían, sin dejar de zigzaguear inquietos. Luego llegaban las grandes brecas, lentamente y con precaución, brillando al sol dorado y entre dos aguas sus lomos oscuros y sus fugaces aletas. Parecían detenerse unos instantes, abrían la boca súbitamente y hacían desaparecer en ella la bola de pan. Del agua subía un olor cálido y casi sofocante; un par de nubecillas se reflejaban indecisas en la superficie verdosa, en el molino gemía la sierra circular y la corriente rugía al precipitarse por las dos presas. El muchacho pensó en el domingo de la confirmación, que había tenido lugar hacía poco y durante el cual no pudo apartar de su mente un verbo griego que trataba inútilmente de recordar desde unos días antes. En los últimos tiempos le había sucedido aquello muchas veces, y en la escuela le seguía aún ocurriendo que pensara en un trabajo o una lección anterior o posterior a la que tenía dispuesta encima de la mesa.

Distraídamente se incorporó y durante unos instantes vaciló sin saber dónde dirigirse. Y casi se asustó al sentir que una mano fuerte se posaba en su hombro y que una amistosa voz masculina le decía:

—¡Dios te guarde, Hans! ¿Me acompañas un trecho?

Era el zapatero Flaig, a quien antes visitaba con bastante frecuencia. Hacía ya mucho tiempo que no se acercaba por su taller. Tanto como el que llevaba estudiando su ya inminente examen. Le acompañó, escuchando sin verdadera atención al beato pietista. Flaig habló del examen, le deseó suerte y trató de infundirle valor, pero todos sus es-

fuerzos sé encaminaron a demostrarle que la prueba era tan sólo algo exterior y circunstancial. Fracasar no sería una vergüenza, pues podía ocurrirle al mejor, y en el caso de que le sucediera a él, tenía que pensar que Dios había elegido su alma como merecedora de especiales designios y que la conduciría finalmente por el propio camino que le tenía señalado.

Hans no se sentía demasiado propicio a prestar oído a los consejos de su acompañante. Ciertamente tenía en gran estima al zapatero, pero eso no le hacía olvidar los muchos chistes que circulaban sobre él y las veces que contra su propia voluntad se había reído con ellos. Aparte de eso, tenía que avergonzarse de su cobardía, pues desde hacía algún tiempo huía casi con temor de la proximidad del zapatero a causa de las sutiles preguntas con que le atormentaba. Porque a partir del momento en que el orgullo de sus propios maestros, y también el suyo propio, le hizo sentirse un poco presuntuoso, el maestro Flaig no dejó de tratarle con un grotesco respeto que no encubría más que el constante deseo de humillarle. Y eso fue causa de que el artesano perdiera gradualmente todo su influjo sobre el alma del muchacho, pues Hans se hallaba en la edad de la obstinación juvenil y repugnaba de los bruscos contactos con su conciencia. En aquel instante andaba con paso lento al lado de su interlocutor, sin sospechar siquiera lo solícito y bondadoso que éste se sentía desde su altura.

En la Kronstrasse tropezaron con el párroco. El zapatero le saludó con un comedimiento casi frío y pretextó una súbita prisa para alejarse, pues el párroco era uno de los que seguían las nuevas tendencias y no creía siquiera en la Resurrección. El religioso se apresuró a trabar conversación con el muchacho:

—¿Qué tal te va? —preguntó—. Debes estar contento de haber llegado al término de tus tareas.

—Sí, estoy satisfecho.

—Procura mantenerte muy sereno. Ya sabes que en ti están depositadas todas nuestras esperanzas. Sobre todo en el latín aguardo de ti unos resultados sorprendentes.

—¿Y si fracaso? —preguntó Hans, con temor.

—¿Fracasar? —el pastor se detuvo sorprendido—. Es sencillamente imposible. Sencillamente imposible. ¿Son esos los pensamientos que corresponden a quien se tiene que examinar mañana?

—Sólo pienso que bien podría suceder...

—No puede ser, Hans, no puede ser; puedes estar completamente seguro de ello. Saluda a tu padre de mi parte y procura mantener el valor en todo momento.

Hans le siguió con la mirada. Luego contempló el recodo por donde había desaparecido el zapatero. ¿Qué le había dicho antes de marcharse? El latín no importaba tanto como mantener el corazón en toda su pureza y conservar el temor de Dios. Había hablado mejor que el párroco. Y pensó con amargura que no podría presentarse más delante de él si, por desgracia, salía mal en el examen.

Siguió su camino con una íntima pesadumbre y llegó a su casa. En vez de entrar, se quedó en el jardincillo quebrajoso y descuidado. En un rincón estaba aún el conejar de tablas que construyera años atrás. Por él pasaron varias generaciones sucesivas de conejos, hasta que el otoño anterior se lo quitaron, a causa del examen. No tenía tiempo que perder en inútiles distracciones.

También hacía mucho tiempo que no se detenía siquiera en el jardín. Presentaba un aspecto ruinoso, las piedras del rincón de la pared se habían caído y la pequeña rueda hidráulica de madera estaba resquebrajada y rota al lado de la conducción del agua. Recordó los tiempos en que construyera todo aquello y en la gran alegría que sintió al dar término a la obra. Desde entonces habían transcurrido dos años... toda una eternidad. Cogió la rueda y la acabó de romper, arrojando sus pedazos por encima de la cerca. ¿Para qué la quería? Su época había pasado hacía mucho

tiempo y no era de esperar que resucitara de nuevo. En aquel instante le volvió a la memoria el recuerdo de Augusto, el amigo de la escuela que le ayudara a construir la rueda y a acondicionar el pequeño conejar. Recordó las tareas pasadas en el jardincillo, disparando piedras con la honda, cazando los gatos de la vecindad y construyendo cabañas de ramas donde ocultarse de las indiscretas miradas. Y recordó también los nabos amarillos y duros que roían como merienda y que les proporcionaban tanta satisfacción como los más deliciosos manjares.

Pero todo aquello había quedado lejos, muy lejos. Hacía ya un año que Augusto salió de la escuela para convertirse en un aprendiz; mecánico. Desde entonces apenas lo vio más de dos veces. Tampoco él dispondría ya de tiempo...

Las nubes fueron encapotando el cielo del valle, y el sol se hundió tras las montañas. El muchacho sintió por unos instantes la necesidad de echar a correr y lanzar al aire gritos. Pero en vez de hacerlo, se contentó con sacar de la cochera el hacha y hacer astillas la puerta del conejar. Las latas saltaron por el aire, los clavos crujieron y del interior de la jaula salieron despedidas unas briznas de alfalfa que habían quedado allí desde el verano anterior. Y Hans siguió descargando hachazos sobre todo ello, como si a cada golpe hiriera de muerte su añoranza del conejar, de Augusto y de todos sus tiempos infantiles.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su padre, asomándose a la ventana, al oír los golpes. —Astillas. Fue su única respuesta. Arrojó el hacha sobre el montón de astillas y, sin añadir una palabra más, atravesó el patio y salió a la calle. Se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor, y echó a andar, con paso rápido, hacia el río. En las cercanías de la cervecería estaban amarradas dos balsas. Con ellas se había deslizado muchas veces corriente abajo, en las cálidas tardes de verano, cuando el sol jugueteaba entre los juncos y las aguas exhalaban un olor fresco y grato. Fue

tan fuerte el poder del recuerdo, que no pudo resistir la tentación de volver a revivir aquellas horas felices. Saltó sobre los troncos flotantes, se echó en un montón de heno que estaba secándose al sol, y trató de imaginarse que la balsa estaba en camino y que se deslizaba corriente abajo, unas veces lenta y otras apresurada, pasando bajo puentes y salvando presas, atravesando praderas, tierras de labor, pueblos y bosques, al tiempo que pensaba que todo estaba igual que entonces, y que en la orilla le aguardaba un montón de alfalfa para los conejos al lado de sus cañas y sus anzuelos dispuestos para la pesca. No había cambiado nada y en su cabeza no habían hecho presa todavía el dolor y las preocupaciones.

A la hora de la cena regresó, cansado y de mala gana. Su padre estaba bastante excitado por el inminente viaje a Stuttgart, y le preguntó una docena de veces si había empaquetado los libros, si había cepillado el traje negro, si no quería darle un último repaso a la gramática y si se encontraba bien. Hans tuvo una respuesta lacónica para todas las preguntas, comió poco y dio en seguida las buenas noches.

—Buenas noches, Hans. ¡Que duermas bien! ¿Te despierto a las seis, como acordamos? ¿No has olvidado el diccionario?

—No; no he olvidado el diccionario. ¡Buenas noches!

Permaneció despierto mucho rato en su cuarto, con la luz apagada y los ojos muy abiertos. Hasta entonces había sido aquél el único beneficio que le reportara el examen: la habitación pequeña y arreglada, de la que era único dueño y en la que no le estorbaba nadie. En ella había pasado muchas horas acodado sobre los libros, luchando con la fatiga, el dolor de cabeza y el sueño, tratando de comprender a César y a Jenofonte, a las gramáticas, a los diccionarios y a las matemáticas. En ella habían transcurrido también aquellas horas que fueron para él más valiosas que todos los jolgorios y regocijos de muchacho, aquel par de ho-

ras pasadas como en un sueño, sorprendentes y llenas de orgullo, de embriaguez y ansias de victoria, en las que había soñado y anhelado una naturaleza superior que le alzara sobre el resto del mundo circundante. En ella llegó a adquirir la convicción de que verdaderamente era algo diferente y superior a sus compañeros de colegio, rollizos y perezosos, y de que, al contrario de ellos, estaba destinado a alcanzar una altura que ningún otro podía pensar. Respiró hondamente al recordar aquello. Se durmió vestido y la mano leve y maternal del sueño calmó el oleaje de su inquieto corazón infantil y alisó las diminutas arrugas que surcaban su frente. Fue algo inaudito. A pesar de lo temprano de la hora, el propio rector se tomó la molestia de presentarse en la estación. El señor Giebenrath iba enfundado en su oscura gabardina de viaje y la excitación, la alegría y el orgullo que sentía, apenas le dejaban estarse quieto. Pataleaba, nervioso, alrededor del rector y de Hans, y correspondía, sonriente, a los cumplidos del jefe de estación y los empleados del ferrocarril, que deseaban mucha suerte a su hijo, sin dejar de pasarse la maleta de una mano a otra. Su equipaje era tan voluminoso, que más parecía estar a punto de partir hacia América que a Stuttgart con billete de ida y vuelta. En cambio su hijo parecía sereno a pesar del temor oculto que le apretaba con mano de hierro la garganta.

Llegó el tren y se detuvo unos minutos. El andén se pobló de ruido y de gritos. Giebenrath y su hijo subieron a uno de los últimos vagones. El rector hizo un amable gesto de despedida, el padre encendió un cigarro, y el tren echó a andar. Pronto desapareció la pequeña ciudad en la lejanía del valle, y el río se perdió en unos recodos de los montes. El viaje fue un tormento para padre e hijo.

La llegada a Stuttgart reanimó súbitamente al padre, que comenzó a mostrarse alegre, afable y casi cortés. Se dejó llevar por la deliciosa impresión del provinciano que por breves días visita la capital, y su locuacidad y buen humor contrastaron grandemente con el sombrío de su hijo.